

Pues bien, el autor supone que las relaciones entre Dios y el hombre se pueden explicar por medio de las reglas de este último tipo de juegos. Dios lo que quiere siempre es el bien de los hombres, pero los hombres lo ignoran y pretenden a su vez otros objetivos distintos. Se ha entablado el juego. Ahora consiste en ir descubriendo cuál es la estrategia utilizada en cada momento por Dios para obtener el máximo beneficio posible (el bien del hombre) con el menor riesgo posible (que el hombre se revele y se pierda). Y pone como ejemplo de análisis de este tipo el libro de Jonás. Comentando este libro bíblico tratará de poner de relieve las sucesivas estrategias empleadas por Dios, evaluando las posibles pérdidas y ganancias, a fin de concluir que Dios ha utilizado en cada caso la mejor estrategia posible.

En resumen, se trata de un enfoque original y sugerente, que hace muy amena la lectura de este librito, aunque quede la enorme duda de que este método sea realmente aplicable a otros textos bíblicos, e incluso en éste de Jonás, y si con él se aporta algo nuevo al conocimiento que ya teníamos de él.

A. GARCÍA SANTOS

Hans M. BARSTAD, *The Myth of the Empty Land. A Study in the History and Archaeology of Judah during the "Exilic" Period* (Symbolae Osloenses fasc. suppl. 28; Oslo, Scandinavian University Press, 1996) 113 p. ISBN 82-00-22756-1.

La mentalidad de los investigadores del siglo XIX estableció un prejuicio histórico: cuando Nabucodonosor destruyó Jerusalén en el 586, Palestina quedó en ruinas y despoblada, desplazándose el centro de la religión judía de Jerusalén a Babilonia. Comentaristas posteriores mitigaron el prejuicio sosteniendo que permaneció población en Judá, aunque constituida por campesinos incapaces de cualquier manifestación cultural.

Contrariamente a esa posición, Barstad defiende la tesis de que, durante el exilio, Palestina estuvo poblada no solamente por campesinos, sino que fue una sociedad en funcionamiento: capaz de actividad económica y manifestaciones religiosas y culturales. Para probar su tesis, Barstad considera cuatro argumentos:

1) Evidencia bíblica. La principal fuente para el conocimiento del exilio es 2 Re 24-25, pero no podemos leerla como documento histórico estricto. La narración no contiene propiamente "historia", sino "ideología"; de ese modo, el libro de los Reyes muestra la devastación de Palestina y 2 Cro 36, todavía más ideologizadamente, presenta la vida en Palestina después del 586 prácticamente como inexistente. Barstad afirma que las fuentes bíblicas presentan más ideología que

historia, y sostiene que la mayoría de la población permaneció en el país continuando el estilo de vida anterior al 586.

2) Argumento arqueológico. La arqueología manifiesta cómo Judá no fue completamente arrasada por Nabucodonosor. En el norte de Judá y Benjamín aparecen ciudades no destruidas y prósperas. Fue la montaña de Judá la que padeció la devastación babilónica, el resto del país siguió más o menos intacto. Jerusalén sufrió algún tipo de demolición, las puertas de madera serían quemadas y se habrían abierto brechas en los muros; la referencia a los que viven entre ruinas refleja esta situación (Ez 33,24). Las tumbas del valle Hinnón fueron utilizadas después del 586 y muchos judíos habitaron pequeñas ciudades no destruidas.

3) La evidencia de Transjordania. Nabucodonosor no trató de modo distinto a Judá que a Transjordania. Josefo cuenta cómo Nabucodonosor conquistó Ammón en 582/1, dato confirmado por la arqueología. Los amonitas, junto al rey Baalis, debieron de tomar parte en la rebelión de Sedecías en 589, que precipitó el final de Judá. Las excavaciones del valle del Jordán prueban que la mayoría de localidades tuvieron una continua ocupación desde el Hierro II. La cultura y la vida social amonita continuó como antes y podemos suponer que sucedió lo mismo en Judá.

4) El Imperio neobabilónico y Judá. El imperio de Nabucodonosor dependía de la importación y de la aportación de las colonias. La conquista de países vecinos era necesaria para el suministro de la metrópoli y ése fue el caso del reino de Judá. Después del 586, la administración judía —radicada en el Templo— fue reemplazada por la babilónica, lo cual no significó un cambio en los modos de producción ni en la vida cotidiana de Judá. Babilonia se benefició, principalmente, del aceite y el vino producidos en Palestina. El alto nivel de vida alcanzado en Babilonia hizo que pocos judíos deportados desearan regresar a Jerusalén: únicamente volvieron quienes tenían alguna propiedad en Judá, los demás se quedaron.

Barstad concluye afirmando que el prejuicio que supone a Judá despoblada y en ruinas entre 586-538 no puede defenderse desde la perspectiva arqueológica, cultural e histórica; se sostiene sólo en la consideración historicista y no ideológica de los datos bíblicos difundida por los comentaristas del siglo XIX. El autor aduce una extensa bibliografía sobre el período del exilio que comporta diversos ámbitos: arqueología, historia, economía, sociología, manifestaciones culturales y religiosas, historia de Israel, Babilonia, período persa, análisis de las fuentes bíblicas. Finaliza con el índice de los autores citados, las referencias bíblicas y los temas tratados. El libro de Barstad es interesante en cuanto que ayuda a deshacer el "mito del país vacío", que contempla el reino de Judá como una tierra deshabitada e infecunda entre 586-538. La extensa bibliografía invita a profundizar en la argumentación del autor.